

ra si había admitido alguna de las teorías etio-patogénicas del cáncer hasta el momento conocidas o había inventado una nueva en la que basar la serie de investigaciones y experimentos que seguramente habría hecho antes de obtener un resultado satisfactorio o si éste había sido hijo de la casualidad exclusivamente.

—¿Qué es, para usted, el cáncer?—acabé preguntándole.

Una alteración del metabolismo—contestó.

—¿Cómo lo cura usted?—dijo otro.

—Modificando el metabolismo alterado.

—¿Mediante qué?

—Con un albuminoide de molécula *grossa* (la conversación tenía lugar en catalán) extraído del glóbulo rojo y mezclado con un líquido hemático.

Se le preguntó por alguno si era cierto que curaba también otras enfermedades, como la atrofia óptica, la tabes dorsal, la diabetes y otras muchas.

Contestó que las trataba mediante sustancias especiales extraídas de diferentes órganos, según su teoría de las cadenas laterales.

Al llegar aquí, uno de los directivos, hombre enérgico y amigo de procedimientos expeditivos, le apremió para que nos enseñara el laboratorio y nos hablara de sus investigaciones y de los resultados obtenidos con la aplicación de sus procedimientos, exhibiendo pruebas científicas.

—No puedo enseñarles el laboratorio, porque el mozo se ha llevado la llave—contestó.

Y, perdiendo toda medida, añadió que no quería decir nada más y que hiciéramos lo que quisiéramos, que a él nada le importaba.

En vista de la incorrección con que empezó a producirse, nos levantamos todos y abandonamos aquella casa, reservándonos el continuar la información por otros medios.

En esta situación se hallaba el asunto cuando apareció en la prensa una especie de reportaje en el que, sin firma alguna, se daba cuenta del descubrimiento de un procedimiento curativo del cáncer. De que su autor había sido recibido por altas personalidades y efusivamente felicitado y que hasta se le había prometido una subvención. Esto motivó una serie de artícu-